

Sergio, una vida. En los claroscuros de una masculinidad de época

Kevin Manuel Hernández Cruz*
Escuela Nacional de Antropología e Historia

Palabras clave: *masculinidad, cárcel, deporte, calistenia*

La presente entrevista se desprende de un trabajo doctoral en curso, *imaginarios y representaciones de masculinidades entre jóvenes varones practicantes de calistenia y street workout del Valle de México*, realizado dentro de la línea de investigación, *jóvenes y sociedades contemporáneas*, dirigida por la Dra. Maritza Urteaga dentro de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. El trabajo de campo de esta pesquisa, comprendió de mediados del 2019 a finales de 2022, el cual se desarrolló de manera intermitente dada la contingencia sanitaria, pero es justo en estos momentos donde pude observar diferentes expresiones de masculinidad y formas singulares de morar la ciudad.

La calistenia en México forma parte de la cultura física desde principios del siglo XX. Es en la época porfiriana que se difunde a través de la “Ley de Educación Primaria para el Distrito y Territo-

rios” en 1908, al mismo tiempo, que era parte del repertorio de ejercicios militares de ese periodo (de la Torre 2020, 55); por otro lado, desde esos años se delegó la responsabilidad a mandos militares la dirección de centros penitenciarios. Por ello, no resulta extraño que dentro de las cárceles la práctica de la calistenia se haya diseminado y que actualmente exista un estigma sobre ésta, pues se asocia a una práctica corporal *canera*¹.

Para algunos deportistas la calistenia y el street workout son una base para el fortalecimiento de sus cuerpos, la primera se caracteriza por el levantamiento del propio peso corporal, que se potencia con la utilización de una infraestruc-

1 La cana, es una palabra del argot entre presos en México, se refiere propiamente a la cárcel, por tanto, lo canero sería un discurso o práctica dentro del campo semántico de los centros penitenciarios.

*kevin.hernandez@enah.edu.mx

tura que se le conoce como *barras*, las cuales pueden incluir barras paralelas, anillas, escaleras, cuerdas o tubos con un declive etc., la segunda, engloba más movimientos, incluidos los de la calistenia clásica, solo que pone el énfasis en lo callejero, por tanto, se puede valer de más aditamentos; incluso hay quienes los entienden como sinónimos. Sin embargo, ambas técnicas corporales, para muchos son disciplinas deportivas en sí mismas.

Si bien, hay un estigma que se mantiene y que da paso a imaginarios negativos alrededor de los practicantes, sobre todo en los jóvenes, la transformación de los espacios públicos abandonados o la apropiación de la infraestructura de la ciudad a través de estos deportes, expone formas singulares de habitar la ciudad. Al no haber muchas oportunidades, ni trayectos viables y atractivos de vida, para algunos jóvenes este tipo de prácticas representan una estrategia de inclusión y permanencia en la ciudad, la cual, les permite replegarse de la violencia estructural y abrirse paso ante las formas de exclusión que viven, donde muchas veces el único panorama que tienen se limita a la entrada de grupos delictivos (Moreno y Urteaga 2019, 23).

Como todo deporte, la calistenia y el street workout se vuelve un escaparate de cuerpos, en donde se exhibe su fuerza, resistencia, destreza y habilidades y, de manera particular, entre los hombres

se puede dar cuenta de su masculinidad, su potencia y vulnerabilidad, a la par, que se crea un campo de disputa (Connell 2019, 86). A propósito de esto, *las barras* son un punto de encuentro y de despliegue de masculinidades ostentosas, que se curten y foguean en el encuentro entre pares. Durante el contexto de la pandemia, estas disciplinas engrosaron sus filas ya que los gimnasios tuvieron que cerrar sus puertas, al ser espacios con poca ventilación, esto y el uso mediático de redes como *Facebook* e *Instagram* por parte de los barristas permitió la constitución de paisajes corporales, que emergían y subvertían la normativa sanitaria.

Uno de los efectos dentro de las disputas en el campo deportivo, es el apuntalamiento de la masculinidad por encima de la feminidad, la segmentación deportiva lleva a crear una ilusión en la que los hombres son portadores de un cuerpo con características biológicas superiores frente al cuerpo de una mujer. Empero, esto es el resultado de un reforzamiento social constante del cuerpo leído como masculino, su efecto, es la ilusión de la superioridad; si muchos hombres destacan en el campo deportivo es por la permisibilidad que han tenido a lo largo de sus vidas, en contraste, las trayectorias de mujeres se encuentran con más restricciones, sobre todo, en lo concerniente al desempeño y desarrollo físico (Bourdieu 2007, 13).

La práctica constante del reforza-

miento de la masculinidad pone en evidencia su carácter social y eventual fragilidad, es por ello, que puede llegar a situaciones límite con tal de mantener esa supuesta superioridad. Esta obstinación del cuerpo de los varones, lleva consigo una acumulación de capital corporal que le permite sortear panoramas adversos, hecho que nuevamente remite a la superioridad; la hombría y la virilidad se exageran y se asumen como algo inherente al cuerpo, como una condición biológica, cuando es una construcción social (Vendrell 2020, 38).

Ahora bien, el discurso biomédico reconoce que la interpretación del sexo de un cuerpo no se limita a la condición genital (gonadal), pues está, se encuentra articulada con la dimensión cromosomática que puede ser XY (macho) o XX (hembra), por su parte, estas no son las únicas combinaciones posibles, ya que existen estados intersexuales que trascienden esta polaridad; al mismo tiempo, esto se articulan al funcionamiento hormonal del sistema endocrinológico, que se activa a partir de estas dos condiciones previas (Arriaga 2009, 341). Es decir, la lectura biológica más profunda del cuerpo, solo lleva a exponer lo endeble de la interpretación binaria que tenemos de éste y de los acercamientos que tenemos a la hora de pensar en las características que supuestamente lo definen.

Esto hace difícil advertir lo que el cuerpo habla, cuando la narrativa cien-

tífica sin profundidad inunda los oídos de la mayoría, hecho que oculta el devenir histórico de la construcción del cuerpo. Las lecturas sobre éste, han sido múltiples y cambiantes, no obstante, el hecho corporal ordinario se limita a la lectura del sexo como una característica biológica que no tiene vinculación con lo social (Fausto-Sterling, 2000, 19). Esto resulta en un sesgo que imposibilita ver la diversidad de los cuerpos y que da pasa a una violencia que recae sobre ellos, cuando salen de la polaridad del sexo, la cual, tiene por objetivo anclarlos a la normativa correspondiente; a lo “esperado” de acuerdo a su fisonomía.

Tanto la masculinidad como la feminidad son formas de expresión, de sentir y de morar el cuerpo, ligas a expectativas que no se anclan a un hecho biológico, sino a un contexto que les otorga sentido y características particulares. En el campo deportivo, las experiencias de atletas transexuales, intersexuales o con condiciones endocrinológicas extraordinarias minan las regulaciones e imaginarios del cuerpo, “las ventajas relacionadas al sexo” se vuelven porosas (Cavanagh y Sykes 2004, 40). El cuerpo entonces puede embestirse de una masculinidad afeminada o una feminidad masculinizada, todo bajo diferentes matices, en un continuum que desborda la polaridad y da paso a corporalidades particulares, que pueden encajar o no bajo los parámetros de esta.

La entrevista que se muestra a continuación fue concedida por Sergio, miembro de la Federación Deportiva Mexicana de Street Workout y calistenia, quien me compartió la vivencia de su padre. La relevancia de la entrevista, radica en el hecho que no hay una historia de estas disciplinas y en ella, se pueden encontrar fragmentos que arrojan luz sobre esta oscuridad; por otro lado, hay una intensa carga afectiva por esta biografía, pues es otro miembro, Ramsés, que me habla del padre de Sergio y de la relevancia que tiene esta memoria para ellos; la masculinidad en todo esto, se vuelve el hilo narrativo que abraza los recuerdos que me son compartidos y de sus interpretaciones en el presente. Toda vida tiene un carácter singular y en su inmanencia se pueden rescatar sus particularidades, como la configuración de una masculinidad en su intimidad y de los afectos que se desprendieron de ella y que al día de hoy tienen resonancia.

ENTREVISTA:

Kevin: Comencemos, me podrías decir tu nombre y edad.

Sergio: Mi nombre es Sergio Manuel Pérez, 55 años. Nací en el Distrito Federal y tengo una maestría en psicología criminal. Soy hijo de Sergio Pérez Chavarría, alias el General Halcón Dorado, El Mono de Piedra, El Güero Chavarría.

Kevin: Cuéntame sobre tu padre y la relación con la calistenia.

Sergio: Para mí la calistenia fue un salvavidas. Y esta, me fue inculcada por mi papá. Mi padre estando muy joven, fue pentatleta igual que yo, igual que mi abuelito. Él practicaba calistenia desde muy chavo, inicio como a los 13 o 14 años, aparte de boxear. Ingresa al Palacio Negro de Lecumberri por un doble homicidio, el cual, en realidad era una legítima defensa, sin embargo, como el muchacho al que mató y a su guardaespaldas, era hijo de un funcionario del Distrito Federal y un político fuerte en esa época, en 1967. Todo el peso de la ley recayó en mi padre, estando en Lecumberri le tocó estar en la en la crujía B, que era la crujía de los homicidas, la crujía de sangre. Desde que yo tengo uso de razón, mi padre estando en Lecumberri practicaba calistenia, era un hombre muy dedicado al deporte, esto fue lo que salvó su vida a los 19 años. Por petición del funcionario, padre de este joven que murió, se pidió al general que estaba en ese momento que hiciera todo lo posible para que mi papá se volviera loco, se suicidara o lo mataran. Te repito, el ejercicio ahí le ayudó muchísimo a él, lo metieron en un apando, una celda de castigo, lo metieron año y medio; año y medio estuvo apandado y casi no veía el sol, solamente le abrían la puertecita para poderle meter la charola de comida. Gente que estaba ahí aden-

tro, le concedió palabras motivacionales: “sabes qué, chavo, no, no, no se doble” “échale ganas”, “no les des el gusto”; gente que hacía deporte le dio instrucciones a mi padre para que él desde adentro hiciera ejercicio, ahí hacía sentadillas, lagartijas parado de manos, todo lo que podía. Ahí dormía y hacía del baño en un hoyo de donde salían ratas y cucarachas, pero fue la calistenia la que le salvó la vida durante ese año y medio.

Kevin: ¿Estos conocimientos de deportes se compartían entre presos o también entre carceleros?

Sergio: No, otros presos; ese conocimiento se lo compartían entre ellos. Aunque lo sabían los carceleros.

Kevin: ¿Cómo era la cotidianidad de tu padre en Lecumberri?

Sergio: El primer día que llega a Lecumberri, un vicioso, un chacal, de esos asesinos pesados le quiso bajar sus tenis. Y mi papá dijo que no, el wey ese, le dio un golpe en la cara, una cachetada, un golpe, pero gracias a que mi padre era sargento del Pentatlón deportivo militarizado universitario, supo defenderse. Este sujeto le dijo que lo iba a violar, y bueno, mi papá se prende y se empiezan a aventar un tiro, él había sido campeón de boxeo y de Marrazo (gimnasia acrobática militar). Entonces mi papá sacó de su rutina a todos estos hombres con

la pelea, le empezaron a gritar “*va chavo, dale en la madre*”, “*que chillé*”. Ya sabes, muy locochón el ambiente.

Kevin: Lo animaron, ¿no?

Sergio: Sí, en eso el hombre se levanta y dice, “*chingaste a tu madre chavo ahora sí*”; camina unos pasos, se mete a su celda y sale con un cuchillo enorme, entonces mi padre dijo, “*ya me morí*”. No obstante, alguien le puso un espadín del mismo tamaño y le dijo al oído, “*rífese chavo*”. Nunca se imaginó que mi papá era campeón de Marrazo. Mi padre le metió dos fierrazos cerca del corazón y cae herido el tipo, en ese instante el mayor de crujía, que por lo general eran coroneles y generales, imponían disciplina militar.

Bueno, retomando, el mayor lo manda a traer, sorprendido por el uso del cuchillo, le ofrece dos opciones: “*la primera, es que usted aquí se va a venir a vivir conmigo, hacerme todo lo que yo le diga, el quehacer, voléarme los zapatos, mandados y la chingada, no se preocupe*”, dice, “*a mí no me gustan los chavos, yo aquí tengo a mis amantes y tengo a mi esposa*”, y la chingada “*¿yo que le voy a ofrecer? Sobrevivir a esta chingadera porque esta madre no es un juego*”, y concluye, “*la segunda, es que, si usted no quiere, yo lo regreso a la celda que le tocó usted y cuando ese güey se recupere, no dura ni 15 días vivo*”. Lógico, mi papá, aceptó la primera opción, desde ahí, continua con su práctica deportiva. Había unas argollas en esa crujía, hasta

atrás cerca de los baños, también había una pesa enorme con botes de *pintura comex* de esa de esos botes cuadrados de lámina. Después supe con los años, quién las había hecho, era un tipo que estuvo más de 40 años preso, venía de Estados Unidos, aunque era originario de un pueblo yaqui de Sonora, pero es en Norteamérica donde mató su primer hombre en Los Ángeles a los 13 años, también estuvo en San Quintín. Ese hombre, siempre toda su vida hizo calistenia, toda su vida, a mí me tocó estar sus últimos años y a los 74 años que tenía, su físico era envidiable. Llegamos a entrenar juntos. Bueno, regresando con mi padre, lo hicieron un hombre hiper violento, yo creo que es una de las mejores construcciones que es un sistema penitenciario tiene. Después lo mandaron a las Islas Marías al campamento más pesado para que allá lo mataran, ahí se vivía a trabajos forzados, pero iba bien recomendado por el mayor y no lo tocaron, luego lo trasladaron nuevamente a Lecumberri en 1975 o 1976 y de ahí a la penitenciaría de Santa Martha Acatitla.

Kevin: ¿Tu padre continuo con su práctica deportiva con todos esos cambios?

Sergio: Mi papá siguió con el deporte, él seguía entrenando calistenia y aparte boxeaba, la primera le permitió sobrevivir a ese ambiente tan pesado, casi a diario había muertos. Cuando regresa a Lecumberri, logra el grado de mayor, ¿por

qué hablo de grados? Porque repito, la mayoría de los directores desde que se inauguró eran militares generales y coroneles y eso se reflejó en el escalón de mando dentro de la del sistema penitenciario, con los presos; entonces había, por ejemplo, soldado, cabo de fajina, sargento, teniente de rondín, capitán.

Más adelante, a mi padre lo jalaron a jugar con los Perros de Santa Marta, debido a su nivel de agresividad, le ponen a unos gabachos que le enseñen a jugar americano y al poco tiempo empieza a jugar con ellos, equipo que aún existe. Y de 72 kg sube a 100 kg, es ahí cuando los gringos le apodaron "*The Rock Monkey*", El Mono de Piedra. Se pone súper trabado, se dejó el pelo bien largo hasta la mitad de las nalgas y la barba muy grande, parecía Cristo, y sí, era un tipo hiper violento. Entonces, lo querían poner a hacer pesas, pero él negoció solamente para hacer 3 ejercicios de pesas porque no le gustaba, él me decía, "*no, hijo, las pesas no me gustan, a mí me gusta entrenar con mi propio cuerpo*". Junto con un compañero, Raúl, eran de los terceros más trabados y solamente entrenando calistenia, todo con su propio cuerpo; había otros 2 más fuertes, uno que se llamaba William John White, que parecía un *Master América*, ese tipo en vez de meterse droga se metía esteroides y entrenaba pesado y se movía para conseguir discos más pesados para el gimnasio, aparatos, cosas que se necesitaban ahí en el gim-

nasio de Santa Marta; pero él era físico constructivista. Igual había otro tipo, Armando Franco Díaz, *El Nazi*, de la banda de los nazis de *La Portales*, gente de mucho dinero, que hicieron época a finales de los 60's Principios de los 70's. Pero mi papá era un tipo más calistenico, un hombre mucho más potente que ellos, pues también practicaba americano, él entrenaba desde la mañana, era el único que tenía permiso del director; salía al campo a las 5:30 de la mañana solamente con sus tenis, sus calcetas, polainas encima de estas y trusa, corría dos horas y media. Después regresaba a su celda, se bañaba y se ponía su uniforme que era el pantalón azul marino, el clásico desde Lecumberri. A mediodía otra vez iba a hacer ejercicio, entonces ya hacia calistenia, hacia fondos, barra, series de lagartijas de 300 lagartijas seguidas; casi nadie logra eso.

Kevin: ¿Cómo fue la experiencia de tu padre dentro del fútbol americano?

Sergio: Él destacó jugando americano, sin embargo, un día en un encuentro contra la Academia de Policía, mi padre le rompe la rodilla a un hijo de un comandante, y se la guardan; después les pegó a 2 entrenadores que se quisieron pasar de listos, hasta que dieron la orden de matar a mi padre, proveniente del *Negro Durazo* y del director, propinándole una golpiza entre 10 weyes. De ese intento de homicidio, le fracturaron una

pierna, un brazo, costillas, la mandíbula y parte del cráneo, sumado a 60 cuchilladas. ¡La calistenia le salvo la vida a mi padre!

Kevin: Su vida deportiva le permitió a tu padre tener un cuerpo sumamente resistente.

Sergio: Créemelo es un hombre que no se ve normal, vemos a la gente que son de la cárcel y los vemos viciosones, gandallones y quizás marcados algunos, pero este era un hombre diferente. Entonces te digo, eso le salvó la vida a mi padre, mi abuelita se movió y logró que unas personas sacaran a mi padre estando en el hospital de Tepepan, lo que ahora es *Cárcel de Mujeres* que en ese tiempo era el mejor nosocomio de toda Latinoamérica, mi padre estuvo como 2 o 3 meses en lo que se alivianó; ya después salió con sus férulas, y se fue a la casa, ya con mi abuelita, pero sí, yo te digo, era un hombre hiperviolento. Él siguió haciendo ejercicio, antes de recuperarse bien, hasta con sus férulas hacía, se recargaba en la en la pared con su mano que no tenía tan lastimada. Cuando le quitan las férulas, había una atrofia muscular muy marcada, él no pierde la voluntad y vuelve a retomar la calistenia con muchas ganas. Se iba corriendo de la Colonia Obrera a ciudad deportiva a la puerta 5, donde estaban las barras, ahí se ponía a hacer barras fondos y aéreos, como la chimuela, las escaleras,

todo eso, y ya de ahí ya volvía a agarrar su camino y se iba corriendo otra vez. Este ritmo lo mantuvo bastante tiempo. De ahí, regresa a Santa Marta para desquitarse, era de esa gente que tiene esa mentalidad de guerrero, en esta segunda ocasión estuvo entre 5 y 7 años.

Kevin: ¿Recapitulando cuánto tiempo estuvo la primera vez?

Sergio: La primera vez estuvo entre 14 y 15 años

Kevin: ¿Qué edad tenías cuando entro a la cárcel tu padre la primera vez?

Sergio: Yo tenía una semana y media de nacido, fue cuando él entró, me acuerdo que yo tenía como 15 años más o menos cuando salió; cuando entró por segunda vez, no dejó de hacer ejercicio y me comentaba, *“esto es lo que me mantiene a mí como líder y ser un hombre bien respetado”*. Lo único que lograron estos cabrones al intentar matarlo fue hacerlo leyenda, si de por sí, ya era un hombre muy conocido y muy respetado, mi papá inclusive le salvó la vida a mucha gente. Curiosamente, el señor que yo te comento, que conocí aquí, estuvo más de 40 años en la prisión, José Antonio Torres, el del pueblo yaquí; a él lo conoce en la cruja D de Lecumberri, siendo mi papá un chamaco. Ese señor era un capitán allá adentro, también estuvo en las islas marías como 14 años y le tocó el trabajo

forzado. Más adelante, llego a Lecumberri, él le llevaba el periódico a David Alfaro Siqueiros. Era un calistenico al 100%, ese hombre hizo su cuerpo a base de calistenia aparte había sido boxeador profesional. Él siempre habló muy bien de mi papá, murió a los 74 años, yo estuve con él sus últimos momentos y me dijo que quería que su ropa, la tuviera mi padre. Entonces te digo, la calistenia para mí ha sido base para irme por el buen camino. Mi mismo padre a pesar de vivir todo eso me decía, *“hijo, la mejor vida es la del estudiante y la del deportista, yo quiero que tú me bagas sentir orgulloso, igual a tus abuelitos que fueron los que me criaron, a mis tías abuelitas a sus hermanas de mi papá que también me criaron, y que seas un ejemplo para tus primos y para otros jóvenes”*.

UNA LECTURA FINAL

Las memorias que nos comparte Sergio de su padre, rebelan en sus intersticios la construcción de una masculinidad particular, sedimentada en la vulnerabilidad de un cuerpo que ha perdido su libertad. Lecumberri, las Islas Marías y Santa Martha son las coordenadas del encierro, más no de una muerte, por el contrario, son el escenario de una vida trastocada y fulgurante que se hace notar en el deporte. Las formas privadas de poder masculino, nos las presenta desnudas, la entrada de Sergio Pérez Chavarría a Lecumberri, queda marcada con el apando, la amenaza de una viola-

ción y de un asesinato artero El capital corporal, propio de una vida deportiva se despliega y permite la supervivencia, más debe de mantenerse en constante producción si se detiene el movimiento, se pierde, y con ello se puede ir la propia vida, esto demuestra su carácter social (Wacquant 2007, 36).

La masculinidad exacerbada de Sergio Pérez, habla de alguna manera de las muchas cosas impronunciables que puede vivir un hombre y más en un espacio de encierro, tenía que valerse de una corporalidad que mantuviera a raya los peligros constantes; su cuerpo, se volvía un territorio que construía a modo, con un contacto mínimo con su familia, lo único que le quedaba era eso, por tanto, levantarse desde las 5.30 am para entrenar no resultaba en un acto ocioso, era una forma de potenciar su vida en un contexto de muerte. Propiamente, la masculinización de su cuerpo no se ligaba a parámetros de belleza o de dominio, solo era el resultado de una estrategia de supervivencia.

El encuentro con una amistad en un espacio tan cruento, resulta un tesoro valioso, la proxemia entre cuerpos de hombres es poco usual, al igual que, una convivencia enérgica entre varones, esta solo se piensa en la convivencia homosexual, aunque incluso en esta se ponga bajo sospecha (Foucault 2015, 13). Sin embargo, en un espacio de encierro la convivencia intensifica los encuentros

y las relaciones, de ahí, que el mayor de la crujía que manda a traer a Sergio Pérez, les explicite que él tiene esposa y amantes, es decir, no necesita una relación con otro “hombre”, más que un subordinado. Si bien, Sergio no profundizó en la amistad de su padre con José Antonio Torres, podemos especular que fue una amistad intensa, el encargo que este le hace a Sergio, de entregarle sus prendas a su padre, es un sello de la intimidad de ambos, al mismo tiempo que es un archivo de su propio cuerpo.

Sergio al evocar a su padre, nunca menciona algo referente al dolor y al sufrimiento, ya sea de él mismo o de su progenitor, solo recapitula el ataque a su padre por 10 individuos y que casi le provoca su muerte. Sergio Pérez, se nos muestra como alguien que no pierde su potencia y vitalidad, sus andanzas son como las de un guerrero, tal como lo describe su hijo, no obstante, el mensaje de Sergio Pérez, sobre que la mejor vida es la del estudiante y la del deportista, es un deseo inequívoco de que su hijo no siga sus pasos, pues las consecuencias son bastas y no son necesario repetirlas

Finalmente quiero volver al presente y mencionar, que Sergio a sus 55 años mantiene una vida deportiva en la que la calistenia es un eje medular, de igual manera, su hijo a emprendido una trayectoria ligada al deporte; el mensaje de Sergio Pérez, tiene resonancia en las biografías de su hijo y de su nieto. Ese

mundo que vive en la memoria y que hoy se presenta en este escrito de manera fragmentada, son los claroscuros de una vida immanente.

Un agradecimiento a Sergio y a Ramsés de la Federación Deportiva Mexicana de Street Workout y calistenia, por hacer esta entrevista posible y a las y los jóvenes calistenicos que han permitido realizar esta investigación.

BIBLIOGRAFÍA

Arriaga, Raúl. 2009. Interacciones Tapadas y Vestidas. Análisis del perreo en el discurso transgénero. en Género, cultura, discurso y poder. (Edit.). Barrera, D. y R. Arriaga. México. INAH

Bourdieu, Pierre. 2007. La dominación masculina. Barcelona. Editorial Anagrama

Connell, Raewyn. 2019. Masculinidades. México. Centro de Investigaciones y Estudios de Género/UNAM

de la Torre, Ana Laura. 2020. Cruzadas olímpicas en la Ciudad de México. Cultura física, juventud, religión y nacionalismo, 1896-1939. México. COLMEX.

Fausto-Sterling, Anne. 2000. Cuerpos sexuales. La política de género y la construcción de la sexualidad. España. Editorial Melusian

Foucault, Michel. 2015. ¿Qué hacen los hombres juntos? Madrid. Ediciones cinco.

Moreno, Hortensia. 2011. La noción de “tecnologías de género” como herramienta conceptual en el estudio del deporte. Revista Punto Género. (Núm. 1). pp. 41-62

Moreno, Hugo y Urteaga, Maritza. 2019. “Juventudes trabajadoras en organizaciones delincuenciales: oportunidad, reconocimiento y riesgo”. En Juventud, trabajo y narcotráfico. Inserción laboral de los jóvenes en organizaciones delincuenciales. Moreno, Hugo y Urteaga, Maritza (Comp.), 9-70. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Cavanagh, Sheila y Sykes, Heather. 2004. Cuerpos transexuales en las olimpiadas: las políticas del Comité Internacional Olímpico en relación con los atletas transexuales en los juegos de verano, Atenas 2004. en Debate Feminista (Año 20). (Vol. 30). México pp. 40-74

Vendrell, Joan. 2020. El poder masculino en sus estructuras. Un análisis desde la antropología del género. México. Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Wacquant, Loïc. 2007. Carisma y masculinidad en el boxeo. Debate Feminista. (Núm. 36). México. pp. 30- 40